

desde el diván

Freud y la homosexualidad

Margarita Gasque

Frecuentemente se asegura que la postura de Freud con respecto a la homosexualidad era reprobatoria y prejuiciada; ante ello, la intención de este trabajo es presentar algunos elementos y aproximaciones desde la obra freudiana, que puedan constituir la base para una reflexión seria del problema. Si bien Freud no era militante ni defensor de la causa de los homosexuales, su posición ética dista mucho de las afirmaciones populares que le han sido atribuidas. Es necesario tomar en cuenta la creciente y cada vez más generalizada tergiversación de los conceptos freudianos, cuya principal causa es la descontextualización de un elemento de la complejidad estructural del cuerpo teórico al que pertenece. Así, los términos se popularizan, se hacen lugar común en las conversaciones cotidianas, hasta que aparecen en revistas y publicaciones baratas, donde los autores, muy quitados de la pena, llegan a conclusiones espeluznantes. Esta vulgarización del psicoanálisis trae como consecuencia la degeneración de sus conceptos, ante los cuales es fácil situarse antagónicamente.

Tres ensayos de teoría sexual, escrito en 1905, es una de las contribuciones más trascendentales al conocimiento de lo que el hombre tiene de humano. Dentro del contexto histórico del pudoroso puritanismo del siglo XIX y principios del XX, Freud no puede callar; tiene que anunciar al mundo las conclusiones a las que ha sido llevado a lo largo de sus investigaciones. Sabe que sus opiniones no serán fácilmente recibidas y aun así no se detiene para decir que, contra lo que se piensa, la sexualidad no es atributo exclusivo de los adultos; sostiene que hay una sexualidad infantil, y al afirmarlo, se enfrenta contra uno de los prejuicios más poderosos de su época. En este sentido, puede pensarse que Freud no era un conservador, sino un revolucionario cuyas ideas contribuyen a echar por tierra los viejos prejuicios. Puede imaginarse la reacción y el escándalo de la ofendida sociedad vienesa ante la idea de que la pretendida "inocencia infantil" fuera cuestionada.

Este descubrimiento lleva a Freud a hacer una distinción entre lo sexual y lo genital: "El desasimiento de la sexualidad respecto de los genitales tiene la ventaja de permitirnos considerar el quehacer sexual de los niños y de los perversos bajo los mismos puntos de vista que el del adulto normal, siendo que hasta entonces el primero había sido enteramente descuidado, en tanto que el otro se había admitido con indignación moral, pero sin inteligencia alguna".¹ Para esclarecer la distinción hecha entre lo sexual y lo genital, Freud da como ejemplo el acto de besar. En el beso no intervienen en ningún momento los órganos genitales, y sin embargo, hay algo fuertemente sexual, aunque sólo se trate del encuentro entre las entradas de dos tubos digestivos.

Es oportuno hacer una consideración en torno a la palabra Perversión; traducida a varios idiomas, sigue conservando sus mismas raíces: Al. Perversion, Fr. perversion, Ing. perversion, It. perversione, Port. perversao. Desde sus orígenes etimológicos, y libre de toda carga peyorativa, significa literalmente "vertir en otro lugar", es decir, algo es llevado o dirigido hacia otra parte. Este es el mismo sentido de palabras como desviación, aberración, inversión.

En un apartado que Freud titula "Consideraciones generales sobre todas las perversiones" dice: "Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos bien acusados y bajo circunstancias particulares se inclinaron desde luego, a atribuirles el carácter de un signo patológico o degenerativo, tal como hicieron respecto de la inversión; no obstante, en el caso que nos ocupa es más fácil rechazar este punto de vista. La experiencia cotidiana ha mostrado que la mayoría de estas transgresiones, siquiera las menos enojosas de ellas, son ingredientes de la vida sexual que raramente faltan en las personas sanas, quienes las juzgan como a cualquier otra intimidad. Si las circunstancias lo favorecen, también la persona normal puede reemplazar todo un periodo la meta sexual normal por una perversión de esta clase, o hacerle un sitio junto a aquéllas. En ninguna persona sana faltará algún complemento de la meta sexual normal que podría llamarse perverso, y esta universalidad basta por sí sola para mostrar cuán inadecuado es usar reprobatoriamente el nombre de perversión. En el campo de la vida sexual, justamente, se tropieza con dificultades particulares, en verdad insolubles por ahora, si se pretende trazar un límite tajante entre lo que es mera variación dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos."²

Aquí se hacen evidentes dos cuestiones: el desacuerdo de Freud frente al carácter reprobatorio de la palabra perversión, y la dificultad

para trazar una frontera determinante entre lo que es “normal” y lo que no lo es.

La sexología existía antes de Freud; ya el psiquiatra vienés Krafft-Ebbing y el inglés Havelock Ellis habían descrito las perversiones, enumerado las formas patológicas y habían hecho inventario de la nomenclatura. A ellos se les deben términos como sadismo, masoquismo, etcétera. Esta sexología daba por hecho la existencia de un “instinto” sexual que sería “natural” en el ser humano, y por lo tanto tendría un objeto específico (el sexo opuesto) y una finalidad biológicamente determinada (la reproducción). Es desde esta suposición de “naturalidad” de los “instintos” humanos que todo comportamiento sexual que no se dirija al sexo opuesto o cuya finalidad no sea la reproducción es considerado como desviación o perversión del instinto.

Freud da una nueva base a la sexología, al cuestionar la sexualidad humana concebida como efecto de un “instinto natural”. Al introducir la noción de pulsión en lugar de instinto, se produce un resquebrajamiento del concepto de “normal”, pues la pulsión sexual no tiene ya objeto ni fin naturales. Pulsión es el concepto psicoanalítico con el que Freud da cuenta de la sexualidad humana. La pulsión está caracterizada por una presión constante, por una fuerza indomeñable que, organizada desde la falta, se dirige hacia el objeto inespecífico que se produce en la búsqueda de un reencuentro con algo que se ha perdido.

En una nota agregada en 1920 al segundo de sus *Tres ensayos*, Freud apunta: “Las diferencias que separan lo normal de lo anormal sólo pueden residir en las intensidades relativas de los componentes singulares en la pulsión sexual y en el uso que reciben en el curso del desarrollo”³

Es decir, se trata de una cuestión de matices. Los *Tres ensayos* volvieron obsoleta la sexología de entonces.

En el primero de los Tres ensayos Freud comienza con el estudio de las aberraciones sexuales. Si la sexualidad humana fuera un instinto natural, no estaría presente en la infancia, advendría solamente hasta la pubertad, con la maduración de los órganos genitales, tendría por objeto exclusivamente al sexo opuesto y como nota única servir para los fines de la reproducción. Freud da cuenta de las numerosas desviaciones respecto al objeto y la meta en la sexualidad humana, entendiendo por objeto, la persona de la que parte la atracción sexual y por meta, la acción hacia la cual esfuerza la pulsión.

Es en el contexto de las desviaciones con respecto al objeto que Freud se refiere a la inversión y a los invertidos, y lo hace aludiendo a la

fábula poética de Platón en “El Banquete”. No estará de más hacer aquí una breve pausa —o desviación, esta vez en relación al tema— para recordar la disertación que en el Banquete hace Aristófanes acerca del amor y del mito del Andrógino:

En otros tiempos de la humanidad, había tres sexos: el masculino, que era producido por el sol; el femenino que era producido por la tierra; y el andrógino que era producido por la luna. Un día, aquellos cuerpos fuertes concibieron la idea de escalar el cielo y combatir con los dioses, por lo que Zeus, en castigo y para debilitarlos, los partió por la mitad. Estas mitades buscaban siempre a sus otras mitades: los hombres que provenían del sexo andrógino, buscaban siempre a las mujeres, así como las mujeres que provenían del sexo andrógino, buscaban a los hombres. Pero a las mujeres que provenían de la separación del sexo femenino no les llamaban la atención los hombres y se inclinaban más a las mujeres; a esta especie se les llamó las Tribadas. Del mismo modo, los hombres que provenían de la separación del sexo masculino, buscaban a los hombres. Después de la separación, cada mitad buscaba sin cesar su otra mitad, y cuando se encontraban, llevados por un deseo de volver a su anterior unidad, morían en un ardiente abrazo, ya que no eran capaces de separarse de nuevo ni de hacer nada la una sin la otra.

Es importante mencionar aquí la dimensión mortífera de la completud mítica; la fábula ilustra la condena a la incompletud que es, al mismo tiempo, aquello que permite poner en marcha la búsqueda. Esta ficción puede leerse también como apólogo de la castración, que como pérdida, es también un llamado a la existencia.

Volviendo a Freud y a su estudio sobre la inversión: “...hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre sino a la mujer; a esas personas se les llama de sexo contrario, o mejor, invertidas; y al hecho mismo, inversión. El número de esas personas es muy elevado, aunque es difícil averiguarlo con certeza.”⁴ Para describir el comportamiento de los invertidos, por lo demás diverso, Freud señala que pueden ser: —invertidos absolutos, cuando su objeto sexual tiene que ser de su mismo sexo;

—invertidos anfígenos, cuando su objeto puede pertenecer tanto a su mismo sexo como al otro; o

—invertidos ocasionales, cuando bajo ciertas condiciones exteriores, como la inaccesibilidad al objeto de sexo opuesto, pueden tomar por objeto sexual a una persona del mismo sexo.

“Los invertidos —dice Freud— muestran, además, una conducta diversa en su juicio acerca de la particularidad de su pulsión sexual. Algunos toman la inversión como algo natural, tal como el normal considera la orientación de su libido, y defienden con energía su igualdad de derechos respecto de los normales; otros se sublevan contra el hecho de su inversión y la sienten como una compulsión patológica.⁵ En este punto, Freud anota: “El hecho de que una persona se revuelva así contra la compulsión a la inversión, podría ser la condición para que pueda ser influida por un tratamiento...”⁶

Una de las apreciaciones que prevalecía entonces era concebir la inversión como un signo de degeneración nerviosa. Freud impugna el hecho de que a los invertidos se les considere como degenerados, señalando el uso indiscriminado de la palabra degeneración, que debiendo referirse exclusivamente a un daño orgánico de origen infeccioso, había llegado a ocupar el lugar de un juicio moral. Dice Freud: “...cabe preguntarse qué utilidad y qué nuevo contenido posee en general el juicio 'degeneración'. Parece más adecuado hablar en esos términos sólo cuando: 1) coincidan varias desviaciones graves respecto de la norma; 2) la capacidad de rendimiento y de supervivencia aparecen gravemente deterioradas. Varios hechos hacen ver que los invertidos no son degenerados en el sentido legítimo del término.

1 Hallamos la inversión en personas que no presentan ninguna otra desviación grave respecto de la norma.

2 La hallamos en personas cuya capacidad de rendimiento no sólo no está deteriorada, sino que poseen un desarrollo intelectual y una cultura ética particularmente elevados.

3 Si prescindimos de los pacientes que se presentan en nuestra experiencia médica y procuramos abarcar un círculo más vasto, tropezamos con hechos que prohíben concebir la inversión como signo degenerativo en dos direcciones: a) es preciso considerar que en pueblos antiguos, en el apogeo de su cultura, la inversión fue un fenómeno frecuente, casi una institución a la que se confiaban importantes funciones; b) la hallamos extraordinariamente difundida en muchos pueblos salvajes y primitivos, mientras que el concepto de degeneración suele circunscribirse a la alta civilización (Bloch)...”⁷

En cuanto a la polémica del carácter innato o adquirido de la inversión, Freud dice: “...la alternativa innato-adquirido es incompleta, o no abarca todas las situaciones que la inversión plantea.”⁸ Y más adelante:

“La hipótesis de que la inversión es innata no explica su naturaleza, como no la explica la hipótesis de que es adquirida.” Aquí, como en otros muchos lugares, Freud no da una respuesta, sino que abre caminos para pensar el problema, desde todos los ángulos posibles; allí donde la cuestión de la elección también tiene lugar.

Otra de las ideas prevaletentes objetadas por Freud era que se atribuía gran importancia a los caracteres sexuales llamados secundarios y terciarios. Dice Freud: “No es lícito olvidar que los caracteres secundarios y terciarios de un sexo aparecen con muchísima frecuencia en el otro. En tales casos son indicios de hibridez, mas no por ello hay un cambio del objeto sexual en el sentido de la inversión.”¹⁰

En una nota agregada en 1915, Freud hace algunos comentarios que parecen esenciales para situar su postura: “La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos. En la medida en que estudia otras excitaciones sexuales además de las que se dan a conocer de manera manifiesta, sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en el inconsciente.”¹¹

“El psicoanálisis considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno y otro lado, tanto el tipo normal como el invertido es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de este último, la posibilidad abierta de disponer de objetos tanto masculinos como femeninos, tal como se la puede observar en la infancia, en estados primitivos y en épocas prehistóricas. En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento...”¹² Freud se plantea la pregunta por la homosexualidad; pero en el sentido psicoanalítico, la heterosexualidad es también un problema que requiere dilucidarse.

Al situar la causalidad de la inversión en una multiplicidad de factores determinantes, Freud va más allá de la tradición obturadora de hacer caber a todos los invertidos dentro de un sólo esquema clínico. Si el objeto es variable y sólo es elegido en función de las vicisitudes históricas del sujeto, es decir, de su pasaje personal por la constelación estructurante del complejo de Edipo, entonces la sexualidad humana se encuentra más allá de una supuesta determinación exclusivamente biológica.

En ocasión de su estudio sobre un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910), Freud dice: “...todas las personas, aún las más normales,

son capaces de la elección homosexual de objeto, la han consumado alguna vez en su vida y la conservan todavía en su inconsciente, o bien se han asegurado contra ella por medio de enérgicas contra-actitudes.¹³

A modo de conclusión: lejos de agotar los desarrollos de Freud acerca de la homosexualidad, la intención de las citas anteriores ha sido dar testimonio de que su postura ante la homosexualidad no era reprobatoria ni prejuiciada. Desde una posición ética de investigador, Freud abrió las vías para pensar lo específicamente humano como algo diverso de lo natural. La sexualidad humana no se rige por instintos. El proceso de la cultura ha abierto la brecha que separa al hombre de su naturaleza, colocándolo en un lugar donde sus necesidades biológicas están marcadas por la ruta de su deseo y las balizas de sus demandas. Mientras que la necesidad implica una relación directa del organismo que necesita, con el objeto que satisface su necesidad, para el ser humano, en tanto sujeto hablante y por tanto sujeto de la cultura, las cosas son distintas; ya que entre lo que sería su necesidad biológica y su objeto satisfactor, aparece la palabra perturbando esa relación. Es por mediación del lenguaje que el sujeto demanda, y ello lo incluye en el régimen de los intercambios. Para el sujeto de la cultura, no se trata de instinto sino de pulsión, que al no tener objeto específico, hace en su deriva que cualquier elección sea posible.

Notas

¹ Freud, Sigmund., *Presentación autobiográfica*. En *Obras completas*. Editorial Amorrortu, T. XX. p. 36.

² Freud, Sigmund., *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras completas*, Ed. Amorrortu, T. VIII p. 146.

³ *Ibid.*, p. 187, nota 51.

⁴ *Ibid.*, p. 124.

⁵ y ⁶ *Ibid.*, p. 125.

⁷ *Ibid.*, p. 126.

⁸ y ⁹ *Ibid.*, p. 128.

¹⁰ *Ibid.*, p. 129.

¹¹ y ¹² *Ibid.*, p. 132.

¹³ Freud, Sigmund, *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. En *Obras completas*. Ed. Amorrortu, T. XI, p. 93.

